News
Ministry



La Hna. María Madelene Le Thi Bich, de la Congregación Lovers of the Holy Cross, entrega Biblias a las nuevas integrantes del grupo de antiguas religiosas en Hue, Vietnam, el 14 de septiembre de 2025. (Foto: Joachim Pham)

Joachim Pham

Correspondent

View Author Profile



Translated by Sr. Carmen Notario

View Author Profile

Join the Conversation

Hue, Vietnam — July 6, 2026
Share on BlueskyShare on FacebookShare on TwitterEmail to a friendPrint

Cuando Therese Ton Nu Thuy Loan dejó su congregación religiosa a los 24 años, regresó a su casa sin saber muy bien cómo reconstruir su vida.

Loan ya había profesado votos temporales y esperaba continuar su formación. Pero las tensiones dentro de la comunidad —incluidas lo que ella describió como favoritismo y falta de comprensión por parte de una superiora— la empujaron finalmente a marcharse.

En lugar de apoyo, se encontró con murmullos y juicios silenciosos en su parroquia, donde dejar el convento puede acarrear un estigma social.

"Me sentía desesperada y preocupada por cómo podría rehacer mi vida", dijo Loan, que ahora tiene 37 años.

A su familia le preocupaba lo que pudieran decir los vecinos.

"Al principio, mis padres estaban descontentos porque temían que la gente de la parroquia cotilleara", dijo y agregó: "Pero intenté explicarles mi situación y, poco a poco, respetaron mi decisión y me aceptaron".

En Vietnam, donde la vida religiosa es muy respetada y a menudo está ligada al honor familiar, las mujeres que dejan los conventos pueden enfrentarse a dolor emocional, estigma social e incertidumbre económica.

> "Cuando se cerró mi camino hacia la vida religiosa, me di cuenta de que Dios me estaba guiando por otro camino. Dondequiera que estemos, podemos dar fruto espiritual": María Madeline Do Thi Ngoc, exreligiosa vietnamita

Tweet this



Members of the Daughters of Our Lady of the Visitation Association attend a meeting in Hue, Vietnam, on Aug. 17, 2025. Many of them are former nuns. (Joachim Pham)

Sus historias rara vez se comentan abiertamente, lo que lleva a muchas a reconstruir sus vidas en silencio, al margen de las comunidades eclesiásticas.

Durante ese difícil periodo, Loan encontró apoyo en alguien que comprendía bien su dolor: María Madeline Do Thi Ngoc.

Ngoc, de 66 años, se había enfrentado a una crisis similar décadas antes. Ingresó en las Hijas de Nuestra Señora de la Visitación en 1974 con la esperanza de convertirse en monja. Pero en 1977, mientras se preparaba para profesar sus primeros votos, las autoridades gubernamentales ordenaron la disolución de la comunidad.

Ngoc y otras 34 novicias fueron enviadas de vuelta con sus familias. "Me preocupaba mi futuro y tenía miedo de las autoridades", recuerda.

Muchas tuvieron dificultades para encontrar trabajo, lo hicieron en fábricas de costura o fueron enviadas a desarrollar nuevas zonas económicas en áreas remotas.

Ngoc se unió a grupos de agricultores que cavaban canales de riego y trabajaban en los arrozales. En aquella época, a los católicos se les solía tratar con recelo y, a veces, recibían las peores evaluaciones laborales independientemente del esfuerzo realizado.

"Aun así, acepté el trabajo solo para tener qué comer", dijo.

Con el tiempo se dio cuenta de que probablemente nunca volvería a la vida religiosa. En 1983 se casó y acabó criando a cinco hijos.

Actualmente, uno de sus hijos es hermano redentorista y tiene siete nietos. "Me siento feliz con mi vocación a la vida familiar", dijo.

Sin embargo, su sentido de la vocación no desapareció. En 2010, Ngoc se unió a una asociación laica carmelita cuyos miembros viven la espiritualidad carmelita sin abandonar el mundo. Visita a enfermos y ancianos y participa en un grupo de apoyo vocacional dirigido por las Carmelitas Descalzas locales.

Relacionado: Los laicos vietnamitas trabajan en sinergia con las religiosas

Advertisement

A través de sus contactos con benefactores, ha ayudado a conseguir becas para unas 60 estudiantes que se plantean la vida religiosa, 19 de las cuales han ingresado en siete congregaciones.

También acompaña a personas que dejan la vida religiosa y luchan por reconstruir sus vidas. Hasta ahora ha ayudado a cuatro hermanas y a dos hermanos a adquirir habilidades profesionales y a reintegrarse en sus comunidades.

"En la cultura vietnamita, los sacerdotes y los religiosos son muy respetados, y sus familias son honradas. Pero cuando alguien deja la vida religiosa, puede sentirse menospreciada", indicó.

Algunas exreligiosas se retiran de la vida parroquial por vergüenza, dijo Ngoc. A otras las molesta la gente que las saluda sarcásticamente como "hermana".

"Se vuelven calladas y se aíslan", dijo Ngoc y añadió. "Algunas incluso se mudan a otros lugares para empezar de nuevo".

Loan recuerda cómo Ngoc escuchó pacientemente sus dificultades y la animó a seguir adelante.

Ngoc le sugirió a Loan que se ofreciera como voluntaria en grupos de ayuda a víctimas de desastres naturales y que considerara estudiar contabilidad. Loan siguió ese consejo.

Hoy trabaja en un banco de Hue y está criando a dos hijos con su marido.

Aun así, la experiencia le dejó huellas profundas. "A veces todavía se me ve como alguien que fracasó en la vida religiosa y recibo menos respeto en la comunidad", dijo.

Debido a ese estigma, comentó que no tiene intención de animar a sus hijos a seguir la vida religiosa.

Loan cuenta que en su clase de formación había 48 mujeres, siete de las cuales dejaron posteriormente la vida religiosa y se enfrentaron a dificultades similares a las suyas.

Aunque la mayoría de las mujeres que ingresan en la vida religiosa en Vietnam perseveran en su vocación, se producen abandonos por muchas razones: discernimiento personal, conflictos comunitarios, obligaciones familiares o problemas de salud.

Para algunas mujeres, dejar el convento conduce a lo que los directores espirituales describen como un 'segundo discernimiento', ya que luchan por comprender si su salida representa un fracaso o una nueva dirección en el plan de Dios.



Maria Madeline Do Thi Ngoc, center, and two other lay Carmelite members pose for a photo in their vow-taking ceremony in Hue, Vietnam, on March 19, 2025. (Joachim Pham)

Lucia Phan Thi Hoa conoce bien esa lucha.

Hoa había profesado votos temporales con las Hermanas de San Pablo de Chartres. Pero en 2011, a los 25 años, regresó a su casa para cuidar de un sobrino huérfano, porque sus ancianos padres ya no podían criar al niño, que se negaba a vivir en un orfanato.

Hoa, licenciada en enseñanza de literatura, encontró trabajo como profesora en un instituto local mientras cuidaba de él. Pero, según cuenta, su decisión fue recibida con duras críticas.

Los vecinos la acusaron de fingir tener una vocación o de haber dejado el convento para casarse. Algunas hermanas de su antigua comunidad se distanciaron poco a poco de ella.

"Viví en soledad y desesperación durante años·", dijo.

Su vida comenzó a cambiar en 2013, cuando el difunto padre Peter Phan Xuan Thanh la invitó a unirse a un pequeño instituto secular conocido como las Auxiliares de la Esperanza.

El grupo cuenta ahora con 32 miembros que trabajan en diversas profesiones —enseñanza, clases particulares, contabilidad y música— mientras se apoyan mutuamente a través de la oración, los retiros y el ministerio compartido.

"Redescubrí mi vocación mientras cuidaba de mis padres y de mi sobrino y rezaba con el grupo", dijo Hoa.

En la escuela intenta dar testimonio de su fe a través de la paciencia y la compasión hacia sus alumnos. También imparte clases de catequesis en su parroquia y anima a los jóvenes a considerar la vocación religiosa.

"Mirando atrás, creo que Dios preservó mi vocación de otra forma", afirmó.

Otra mujer, María Cecilia Nguyen Thi Linh San, se enfrentó a una salida igualmente dolorosa.

Contó que se estaba preparando para ingresar en el noviciado de las Lovers of the Holy Cross cuando le pidieron que se marchara después de que su madre se viera envuelta en escándalos financieros y huyera de su ciudad natal.

A los 26 años, Linh San se encontró de repente fuera de las puertas del convento.

"Caminé de un lado a otro frente a la entrada varias veces para mirar el convento por última vez", dijo y añadió: "Saludé a la gente que conocía, pero nadie me respondió".

El silencio la hizo sentir abandonada.



Maria Madeline Do Thi Ngoc, right, and another former nun visit older patients in Hue, Vietnam, on Dec. 20, 2025. (Joachim Pham)

De vuelta a casa, los rumores se extendieron rápidamente. Sin formación profesional, dependió de sus familiares hasta que finalmente aprendió a fabricar muebles de ratán.

Cinco años más tarde se casó con el profesor de formación profesional que le había enseñado el oficio. Como él no era católico, algunos feligreses criticaron el matrimonio y la evitaron.

Con el tiempo, sin embargo, su fe silenciosa y su dedicación a la vida familiar influyeron en su marido, quien más tarde se convirtió al catolicismo y ahora ocupa un cargo de liderazgo en la parroquia.

Hoy en día, Linh San se gana la vida vendiendo ropa en un mercado local y participa en una asociación laica que apoya a las familias necesitadas.

Admite que a veces todavía se siente avergonzada por haber dejado la vida religiosa. Sin embargo, cree que su vocación ha tomado otra forma.

En los últimos años, algunas congregaciones de Vietnam han comenzado a acompañar a las antiguas hermanas a través de redes de apoyo informales.

La hermana María Madelene Le Thi Bich, de las Hermanas de la Santa Cruz, dijo que muchas mujeres que dejan la vida religiosa experimentan decepción, aislamiento y crisis emocionales, lo que las hace reacias a volver a conectar con la vida comunitaria.

"Necesitan tiempo para sanar sus heridas psicológicas, superar los sentimientos de vergüenza y recuperar la fuerza para afrontar el estigma mientras reconstruyen sus vidas y se reintegran en la sociedad", dijo Bich.

Según ella, las hermanas acompañan actualmente a unas 110 antiguas religiosas que se reúnen cada dos meses para orar, reflexionar sobre las Escrituras y realizar actividades caritativas, como visitar a enfermos y ancianos, ayudar a víctimas de desastres y dar clases particulares a niños pobres.

Las miembros también se apoyan mutuamente de forma material cuando alguien atraviesa dificultades y ofrecen misas por las fallecidas para mantener la solidaridad dentro de la comunidad.

Para Ngoc, apoyar a las antiguas hermanas se ha convertido en parte de su propia vocación.

"Cuando se cerró mi camino hacia la vida religiosa, me di cuenta de que Dios me estaba guiando por otro camino. Dondequiera que estemos, podemos seguir sirviendo a Dios y dar fruto espiritual", expresó.

Nota: *Este artículo fue publicado originalmente en inglés el 30 de abril de 2026.*